

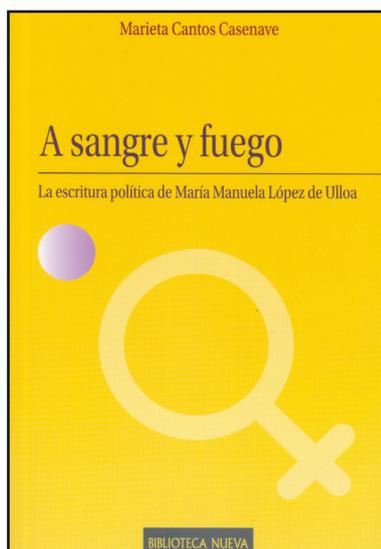
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 23 (2017)

Marieta CANTOS CASENAVE (2016), *A sangre y fuego. La escritura política de María Manuela López de Ulloa*, Madrid, Biblioteca Nueva (Colección Estudios de Género), 165 pp.



Hace ya tiempo que la crítica literaria se complace en reescribir los caminos de la suerte editorial; para ello, desempolva escritos que reposan en oscuros archivos y estantes bibliotecarios, reviviendo autores a los que el tiempo no perdonó. Se recuperan y reinstauran, así, en el panorama literario, nombres olvidados o desconocidos. Si a ello añadimos el interés que despiertan los estudios de género y la consigna de devolver a la mujer, también en el terreno literario, la posición que la historia le negó, el resultado parece evidente; nada promete, en principio, mejor acogida que un estudio sobre una autora olvidada. No obstante, en este terreno hay que andar con cuidado, esconde algunos riesgos: tras la recuperación de nombres relegados en ocasiones subyace, más que una especie de justicia poética o la intención de reconstruir un canon, la imperiosa necesidad crítica de hallar nuevos campos de estudio e investigación; la llamada a restituir la figura de la mujer escritora implica, de forma tácita, el redimir especialmente aquellas voces que sirvan a modo de cauce visionario; esto es, atraen las mujeres que desde el pasado predicen, y confirman, la ideología actual; en ellas, pues, se centran la inmensa mayoría de estudios críticos.

Riesgos que, felizmente, la profesora Cantos Casenave ha sabido conjurar en el magnífico trabajo que presentamos. María Manuela López de Ulloa es una escritora

improcedentemente olvidada, no porque las ideas que guiaron su pluma —cruzada «a sangre y fuego» en defensa de los pilares del Antiguo Régimen— resulten ni visionarias ni atrayentes desde una sensibilidad actual, sino porque de justicia era reinstaurar la figura de una mujer que participó activamente, desde las páginas de los periódicos, en la vida política de principios del siglo XIX, momento nada dado a consentir injerencias femeninas en cuestiones de Estado. Y porque paradójicamente —y muy a su pesar, de haber sido consciente de ello— María Manuela contribuyó de forma efectiva a la consolidación de esa nascente opinión pública que sus escritos pretendían dinamitar.

En el que es un trabajo de investigación riguroso y meritorio, presentado en una edición sumamente cuidada y estéticamente muy atractiva, se reconstruye el perfil de esta olvidada autora manchega a través de su producción literaria. Porque casi nada se sabe de su vida; y esa es precisamente la gran ausencia que lamentará el lector. No existía otra posibilidad, advierte la profesora Cantos Casenave, una conjugación de circunstancias que tienen que ver en general con el concepto de autoría en la época, en particular con la periodística y, muy especialmente, con la femenina, hacen que «averiguar quién fue realmente esta señora» sea «una tarea casi imposible». Y eso, decíamos, es lo que echará de menos el lector, saber quién fue realmente esta señora de la que, a partir de sus escritos y del revelador análisis que los acompaña, se puede intuir una fascinante o, cuando menos, altamente singular existencia.

A sangre y fuego se presenta estructurado en cinco capítulos cuyos títulos han sido formados, con elegancia y tino, a partir de palabras extraídas de los textos de María Manuela. En el primer capítulo se realiza una breve introducción al panorama literario de autoría femenina de principios del siglo XIX y al marco socio-político que lo encuadra; referencia esencial para entender las proporciones del arrojamiento de una mujer que se decidió, a través de los entonces nacientes artículos periodísticos de opinión, a saltar a la arena política en una época en que las mujeres ni eran consideradas «ciudadanas» ni tenían «derechos políticos» reconocidos. Los dos siguientes capítulos, tras unos breves apuntes biográficos, se dedican a presentar y analizar la producción literaria de María Manuela que, amparada en pseudónimos como *Una Española*, *La Española en la Corte*, criptónimos como M. L., M. M. L. o unos misteriosos ^{***}, escribió, entre 1810 y 1816, un total de 51 obras —artículos, poemas, cartas, alegatos, representaciones...—, entre las que destacan los artículos de periódicos comunicados en prosa, que representan un 63 % del total de sus creaciones. La mayoría de ellos corresponden al periodo en que la escritora vivió en Cádiz, participando en la «guerra de opinión que se desató a partir de 1808 y que se exacerbó en el curso de las polémicas ideológicas, políticas y religiosas que se libraron en los años de las Cortes de Cádiz».

Resulta muy ameno e instructivo seguir a Cantos Casenave en su reconstrucción y análisis de los vuelos de esa que María Manuela dio en denominar su «trémula pluma», y tras la que se enmascara, en realidad, «una dama valiente, independiente y resuelta»; de hecho, «la mujer que colabora con mayor asiduidad y constancia en la prensa», llegando incluso, en ocasiones, a lograr «que el editor de un periódico le ceda todas las páginas de un número para publicar uno de sus artículos». La guiaba una fe inquebrantable en su misión: contrarrestar la influencia de aquellas otras plumas «insolentes» e «infames» que se habían «atrevido a profanar impunemente todo cuanto en cielo y tierra hay de más sagrado»; es decir, atacar en nombre de los nuevos aires liberales de la época —libertades e independencias— el trono y el altar.

Y en su particular cruzada no daba la autora —valga la metáfora doblemente— puntada sin hilo; porque precisamente utilizó muy a menudo, y muy hábilmente, su condición de mujer, esa supuesta ingenuidad e inferioridad intelectual, para hacer más afilados sus

dardos. Combinaba, así, «la retórica cautelosa de la modestia femenina al uso con una provocación [...] no exenta de cierta soberbia». El resultado fue, para su época, imprevisible; a María Manuela no solo la seguían los lectores de los periódicos reaccionarios en que escribía, también sus rivales lo hacían, porque al igual que intervenía en las polémicas políticas del momento, estableciendo pulsos de fuerzas con publicaciones liberales, se las ingeniaba para suscitar otras con sus opiniones acerca de esas cuestiones que —son sus palabras— «a una mujer no competen». Y es que era evidente —demuestra Cantos Casenave en el cuarto capítulo, dedicado a analizar sus fuentes y estrategias retóricas— que «había recibido algo más que una sencilla instrucción apropiada para desempeñar las tareas domésticas».

Esa instrucción que, como desentraña Cantos Casenave, a veces se oculta tras una supuesta docilidad, y otras veces se despliega desafiante, la puso al servicio de una ideología que ella se complacía en llamar «rancia» y que, sin duda, bien rancia resultará al lector: María Manuela, que divinizó la figura de Fernando VII —al que animaba a tomar cumplida venganza de sus enemigos— y reclamaba los derechos de la Inquisición como defensa ante el libertinaje agazapado en las ideas liberales, estructura un discurso plagado de tópicos reaccionarios. A pesar de ello, y curiosamente, en 1814 se le denegó el permiso que había solicitado para imprimir su obra en la Imprenta Real en nombre de una supuesta «reconciliación» y olvido de antiguas divisiones. A partir de ahí, como se estudia en el último capítulo, su voz se fue apagando.

Y cayendo en un olvido del que afortunadamente la rescata hoy *A sangre y fuego*. Independientemente de su adscripción moral, religiosa y política —e incluso de algún modo, a pesar de ella—, María Manuela se abrió paso en un sendero vedado a las mujeres, participando activamente en el candente debate político de principios del siglo XIX; y en este sentido sí fue visionaria, porque como concluye certeramente Cantos Casenave, «el conjunto de su obra, con la que trataba de ofrecer “corto tributo de mi amor y respeto” a su soberano, es también el testimonio de una mujer medianamente instruida y decidida, que supo luchar por mantener y defender sus principios, sean hoy compartidos o no».

Eva María FLORES RUIZ